

JOHN GRAY Y LA ESTELA DE LA MODERNIDAD

Humberto Schettino

JOHN GRAY, *Enlightenment's Wake. Politics and Culture at the Close of the Modern Age*, Londres / Nueva York, Routledge, 1995

Hace ya muchos años, en su «Introducción» a una colección de textos de Gaetano Mosca, Norberto Bobbio señalaba su convicción de que en el estudio de la política se puede aprender más de los conservadores que de los diferentes tipos de «radicales» (liberales, socialistas, etc.). La razón fundamental aducida por Bobbio tenía que ver (si mal no recuerdo) con el hecho de que, reproduciendo el motivo de Maquiavelo, los conservadores en general estudian la política sin ilusiones en cuanto a la capacidad de la misma y de los seres humanos y, por tanto, sin la pesada carga ideológica de aquellos que están dispuestos a negar la realidad con tal de (intentar) llevar a cabo su utopía preferida. Con tal consejo en mente, vale la pena aproximarse a los artículos de John Gray, profesor de Oxford y uno de los conservadores más interesantes y originales (hasta donde este adjetivo se pueda aplicar a la obra de un conservador) de los últimos años. El interés (al menos *mi* interés) estriba en el tratamiento de tres temas básicos desarrollados extensamente en su más reciente libro: *Enlightenment's Wake* (en adelante EW). En primer lugar, la crítica a la filosofía política de inspiración kantiana que domina la discusión académica en los países anglosajones (Rawls, Dworkin, etc.). En segundo lugar, la crítica al conservadurismo inglés y norteamericano contemporáneo (para distinguirlo del conservadurismo clásico), que parte de una visión es-

trictamente individualista de la sociedad y que pone toda su confianza en la versión más simplista y, al mismo tiempo, «cientificista» del mercado. Finalmente, el replanteamiento del proyecto liberal, a partir de la crítica a la filosofía de la Ilustración (que es el término que usaré para traducir *Enlightenment*).

El texto que, al menos en Estados Unidos, llamó la atención de académicos, fue un pequeño artículo publicado en *The Times Literary Supplement* (3 de julio de 1992), en el que hace una crítica francamente despiadada de la filosofía política tal y como es practicada hoy por la mayoría de los profesores de filosofía de las universidades británicas y norteamericanas. Gray abre la colección de artículos publicada en EW, precisamente con el texto del *Times* y añade otros dos artículos directamente relacionados con el tema de la situación de la filosofía política en el mundo de habla inglesa. En los textos de Gray, la filosofía política anglosajona es criticada desde tres puntos de vista distintos. En primer lugar, es mala filosofía pues parte de supuestos no criticados e insostenibles, como el individualismo abstracto y el legalismo a ultranza. Este conjunto de supuestos (que precisaré en adelante) tiene como resultado, en segundo lugar, que tal «estilo» de filosofía se olvide por completo de reflexionar sobre la *política* (sobre el concepto de «política»), y en tercer lugar, que sea una filosofía totalmente irrelevante en cualquier debate político. Gray describe, en los términos siguientes, las características básicas de tal «modelo»:

El nuevo liberalismo fue un punto de vista (*outlook*), o un marco de categorías, mas que una doctrina o una posición política sustantiva. Categorías centrales del mismo son: la noción de persona, concebida como portadora de derechos y originadora de planes de vida y concepciones del bien, la idea de justicia como el ideal regulativo supremo para la evaluación de instituciones sociales y políticas, la concepción de la filosofía política como filosofía de carácter legalista, en tanto que su agente era la especificación de la estructura constitucional de la vida política, con sus libertades básicas concomitantes [p. 120].

Para Gray, la hegemonía de tal *outlook*, dentro de la filosofía política anglosajona está terminando y uno de sus intereses es darle el «tiro de gracia», criticando la viabilidad de cada uno de los supuestos arriba señalados. Las críticas de Gray no son nuevas; lo novedoso es que no hay punto del proyecto del «nuevo liberalismo» que no escape a la crítica, así como el hecho de que la crítica se hace desde la peculiar perspectiva de un conservador que rechaza el proyecto de la Ilustración. En efecto, el principal problema que Gray ve en Rawls, Dworkin, Nagel y las legiones de comentaristas que los han acompañado por ya más de veinte años, es que parten del supuesto básico de la Ilustración:

El proyecto central de la Ilustración fue el desplazamiento de moralidades locales, costumbristas o tradicionales, y de todas las formas de fe trascendental, por una moralidad crítica o racional, que fue proyectada como la base de una civilización universal. Tanto si fue concebida en términos utilitaristas o contractualistas, o basada en derechos o deberes, esta moralidad sería secular y humanista y establecería parámetros universales para la evaluación de instituciones humanas. El proyecto central de la Ilustración fue la construcción de tal moralidad crítica, obligatoria racionalmente para todos los seres humanos y, como corolario, la creación de una civilización universal [p. 123].

Es, entonces, a partir de la crítica del proyecto básico de la Ilustración que Gray obtiene una crítica clara y contundente de la filosofía política anglosajona contemporánea. El individuo, para Gray (como para el conservadurismo clásico) nunca es abstracto, siempre es resultado de un contexto social y de una tradición particulares. La razón, por otro lado, siguiendo no sólo a la tradición conservadora, sino a Max Weber, es incapaz de obtener los resultados que la Ilustración esperaba de ella: no es posible establecer racionalmente (esto es, de manera universal y necesaria) principios y valores morales que puedan ser universalmente propuestos. Ni hay buenos argumentos, desde el punto de vista de la filosofía, ni la historia (o la experiencia, como se quiera) nos permite aceptar el proyecto ilustrado. Gray presenta, como base de sus argumentos, la tesis de Isaiah Berlin sobre la «inconmensurabilidad entre valores últimos» (p. 9). Esta «inconmensurabilidad», según Gray, cancela por completo las expectativas de la Ilustración (*loc. cit.*). El resultado, sin embargo, no es el relativismo ni el subjetivismo, fantasmas de casi toda la filosofía moral anglosajona que, a pesar de su postura crítica, también asustan a Gray (y a Berlin). El resultado es lo que la filosofía moral en inglés llama «realismo moral», con la diferencia (respecto del realismo moral común y corriente) de que este realismo toma como «verdadera» y por tanto como «real» (como parte del mundo) la tesis de la irreducible pluralidad de valores. Gray denomina este punto de vista moral como «pluralismo objetivo» (pp. 67 y 70) y, en sus palabras, «es una verdad lógica acerca de cualquier afirmación sobre la inconmensurabilidad de los valores que tal afirmación incluye una pretensión de conocimiento moral». Este es uno de los pun-

tos del argumento de Gray que simplemente parece exagerado y, por ello, no convence. Efectivamente, aceptar como punto de partida correcto en el análisis de la moralidad lo que Berlin llama «pluralismo de valores», no obliga a tomar una posición relativista o subjetivista (en el sentido vulgar que Bernard Williams analiza en *Morality*). El principal argumento en contra de la identificación pluralismo = relativismo es que el concepto (o la noción) de «relativismo» sólo tiene sentido si se le opone al de «absolutismo». ¿Cómo puede Gray tomar una posición racionalista en ética si su crítica básica consiste en rechazar, como vimos antes, los supuestos fundamentales racionalistas de la Ilustración? Gray parece olvidar que Isaiah Berlin nunca fue tan lejos como para reclamar «realidad objetiva» para el pluralismo de valores.

Como señalé antes, la crítica de Gray al «nuevo liberalismo» no se agota en la filosofía. Según Gray, «el elemento que más inutiliza» a tal escuela de pensamiento es su total incapacidad para comprender la política (p. 129). Tal corriente propone sustituir la política por el derecho, desconociendo las «características inerradicables» (palabras de Gray) de la política:

Para los liberales, la no-transparencia (*untransparency*) de las artes políticas, sus intrincadas conexiones con la negociación y la simulación, son una objeción al dominio político como tal, a la práctica del ejercicio del poder estatal (*statecraft*) [p. 129].

Para Gray, la consecuencia básica de este abandono del concepto de política, aunado al individualismo abstracto,¹ es que tal estilo de filosofía política está destinado a la irrelevancia tanto como instrumento de conocimiento cuanto como ideología animadora de proyectos políticos concretos.

Es la ideología, precisamente, el tema que ocupa a varios de los artículos presentes en esta obra. Gray continúa con el desarrollo de la crítica al neoliberalismo iniciada en *Beyond the New Right*.² Las críticas son muy similares a las que la izquierda, tradicionalmente, ha hecho a las políticas públicas que hacen del mercado el único mecanismo posible (o al menos deseable) para la distribución de bienes y servicios. Lo interesante es que, en esta ocasión, las críticas vienen de uno de los ideólogos de la «revolución» neoliberal encabezada en Inglaterra por Margaret Thatcher. Gray es, claramente, un autor desencantado con lo que denomina la «Nueva Derecha». Para nuestro autor, los políticos e ideólogos de la *New Right* simplemente han abandonado los principios básicos del conservadurismo (tradicción, historia, comunidad, gobierno limitado) para ofrecer otra versión del proyecto ilustrado, basada en la certeza de que las teorías de la acción racional han producido los principios a partir de los que se puede organizar la sociedad. Estos principios hacen del mercado y el individualismo los elementos básicos del proyecto que Gray no duda en llamar «neoliberal». Los liberales han olvidado las reticencias (por decir lo menos) que el conservadurismo tradicional tenía respecto de la noción de progreso, la confianza en la ciencia y la utilidad del gobierno como agente del cambio social. Así como los ilustrados franceses proponían al liberalismo y a la democracia como modelos universales de organización social, los liberales proponen al mercado, y particularmente en su variante norteamericana, como el principio universal ya no sólo de la organización de la producción y distribución de bienes, sino de la organización de toda la vida social. Según Gray, el marxismo y el neoliberalismo son «formas de economicismo» que pretenden ex-

plicar y organizar la vida social en los «términos reduccionistas del determinismo económico» (p. 101). Gray incluye en su crítica al neoliberalismo a uno de los padres fundadores del mismo cuando señala que:

[...] el imperialismo económico de la concepción fundamentalista de las instituciones del mercado, sugiere una visión de la sociedad, explícita en Hayeck [...] en la cual [la sociedad] sólo es un nexo de intercambios de mercado, de tal modo que la lealtad puede ser asegurada para un orden político liberal que es universal y no encarna ninguna tradición cultural particular [p. 101].

El neoliberalismo, siempre de acuerdo con Gray, es mala teoría pues (al igual que la filosofía política de moda en los países de habla inglesa) parte de individuos completamente descontextualizados, supone que la política puede convertirse en un mercado (olvidando así, entre otras cosas, la importancia de la autoridad) y que la libertad de elección (impulsada por el mercado libre) es preferible a la seguridad. Las consecuencias de las políticas desarrolladas por gobiernos neoliberales son, en general, desastrosas para las comunidades y tradiciones y, además, destruyen las instituciones que por mucho tiempo han permitido ofrecer seguridad y estabilidad a los individuos. Gray es claro en su crítica a la ideología del libre mercado:

En pocas palabras, ellos [los neoliberales] niegan los hechos evidentes de que un mercado completamente libre es incompatible con estabilidad social y política, mientras que la estabilidad de las propias instituciones del mercado depende mucho más de su aceptación política y cultural que del marco legal que supuestamente las define y protege [p. 102].

Gray, como buen conservador, no acepta las soluciones propuestas por los

defensores del «socialismo de mercado» y, fiel a sus orígenes ideológicos, insiste en que el Estado debería abandonar todas aquellas esferas de la actividad económica y pública en las que alguna versión del mercado pudiese funcionar.³ Sin embargo, reconoce la necesidad de que el Estado se involucre en la economía, obtenga monopolios, dirija la actividad industrial y agrícola, si hacerlo conduce a mejorar los niveles de seguridad y bienestar en la población. En pocas palabras, no hay recetas *a priori*; todo depende de las circunstancias.

Para Gray, las críticas al mercado en su funcionamiento a nivel nacional no pueden sino reproducirse al nivel del mercado global que, para nuestro autor, no es sino una utopía [p. 103]. Los desequilibrios que una globalización del mercado producirá no sólo en los países desarrollados, sino principalmente en aquellos en vías de desarrollo (como suele decirse) son tales que, según Gray, es casi seguro el aumento gradual de tensiones étnicas y de sentimientos nacionalistas (y la historia reciente parece confirmar sus sospechas) debido, de nuevo, a la salvaje y radical ruptura con tradiciones, comunidades y costumbres. Es notable, sin embargo, que Gray nunca toque, directamente, el tema de la desigualdad en relación con el mercado. Como quiera que sea, para Gray la caída del comunismo y el ascenso del mercado global no aseguran la dispersión del liberalismo económico y la democracia, sino todo lo contrario. Para Gray, el siglo XXI será, al menos mientras las ideas de la ilustración mezcladas con las del mercado mantengan la hegemonía cultural que han logrado en los últimos quince años, el siglo de las tensiones étnicas, religiosas y nacionalistas.

Este diagnóstico nos lleva al tema central que, como el lector se habrá po-

dido dar cuenta, recorre todo el libro: el agotamiento del proyecto ilustrado. No escapa a Gray el hecho de que la crítica a la Ilustración hecha, básicamente, desde la crítica al racionalismo y al universalismo, es virtualmente la misma que aquella hecha por la (a estas alturas) «tradición» posmoderna. Por ello, Gray enfatiza sus diferencias con lo que él considera como «posmodernismo» (a través de los textos de Richard Rorty). Básicamente, la diferencia estriba en que Gray está dispuesto (en una más de sus posturas radicales y siguiendo su filiación conservadora) a abandonar por completo toda aspiración —no sólo la justificación— universalista y normativista de cualquiera de los elementos básicos del proyecto ilustrado. No sólo se trata de abandonar el universalismo, o el individualismo abstracto, sino el proyecto liberal. En consonancia con los principios básicos del conservadurismo, Gray reconoce que, si se parte de la importancia (teórica y práctica) de la tradición y la comunidad en la formación de las personas, es imposible, sin caer en flagrante contradicción, impulsar al liberalismo (con su carga de derechos humanos, civiles, instituciones para controlar los excesos del ejercicio del poder, etc.) como modelo universal. El liberalismo funciona, sí, en aquellos países como el Reino Unido y Estados Unidos, en los que es parte de una larga tradición político-cultural, o en países en los que ha terminado por arraigarse, como Italia o Alemania. Sugerir, sin embargo, que es un modelo adecuado para el resto del mundo, especialmente en áreas con tradiciones culturales sumamente distintas (esto es, en áreas no-cristianas) es, para Gray, un exceso lamentable que sólo puede tener consecuencias totalmente opuestas a las previstas. En lo que resulta la parte más controvertida del libro, Gray propone

que sociedades como Singapur o China, que han logrado altos niveles de desarrollo económico sin afirmar derechos humanos o civiles (aún más, haciendo gala de su diferencia respecto de Occidente), deberán ser aceptadas simplemente como un elemento más del pluralismo de valores que, como ya hemos visto, conforma al «mundo real» (p. 83). A diferencia, entonces, de autores que, como Rorty o Chantal Mouffe, proponen el mantenimiento de los valores de la Ilustración (libertad, igualdad y, ahora, solidaridad), aun sin la parafernalia racionalista que tradicionalmente les acompañaba, Gray propone seriamente el abandono total y completo de cualquier pretensión de superioridad de los valores del liberalismo (y, con ellos, de la democracia, podemos concluir). ¿Cómo podríamos, entonces, llevar a cabo la inescapable actividad de juzgar otras sociedades y culturas? ¿Desde qué puntos de vista? En América Latina, por ejemplo, durante muchos años los diferentes regímenes autoritarios intentaban adquirir legitimidad, al interior y al exterior, aduciendo que eran regímenes surgidos de las profundas tradiciones del pueblo. Cuando se cuestionaba a importantes líderes mexicanos sobre las características autoritarias del régimen posrevolucionario, contestaban que no era autoritario, sino que era una «democracia a la mexicana». ¿Podría Gray aceptar tal tontería? Probablemente no y, sin embargo, sus escritos parecen apuntar hacia una respuesta positiva. Gray parece olvidar que el reconocimiento de la pluralidad de valores (y de formas de vida) y de la importancia de la tradición y el contexto particular, no cancela el hecho de que los principios y/o valores son nuestros instrumentos para organizar y jerarquizar al mundo. Esta característica es irrenunciable; estamos condenados, como señalaba He-

gel, a enfrentarnos unos a otros y juzgar desde nuestro propio (e, insisto, inescapable) punto de vista. Como quiera que sea, estas pequeñas reflexiones no hacen

justicia a un texto sugerente, radical y que merece ser tomado en cuenta aun por aquellos quienes no comparten el punto de vista conservador.

NOTAS

1. Su característica más prominente, y, además, permite establecer el diálogo entre posturas tan contrarias como las de, p. e., Rawls, Nozick y Walzer.

2. Londres / Nueva York, Routledge, 1993.

3. Hay que recordar que, a diferencia de los conservadores del continente europeo, que son «estadistas», los conservadores británicos siempre han aceptado la limitación de la autoridad estatal.

EL MAGO DEL NORTE

José Carlos Castañeda

ISAIAH BERLIN, *El mago del norte. J.G. Hamann y el origen del irracionalismo moderno*, Tecnos, 243 pp.

Isaiah Berlin pertenece a esa rara estirpe de filósofos que navega a contracorriente. Por formación y convicción comparte ideas de la escuela liberal; sin embargo, gran parte de su obra profundiza en los cimientos de la oposición más radical a esta postura; incluso ha planteado que ser liberal no consiste solamente en aceptar opiniones divergentes, sino en «admitir que quizá sean tus adversarios quienes tienen razón».

Su vocación filosófica estriba en pensar contra sí mismo; como una manera de aproximarse a los dilemas de la modernidad, ha sugerido que de «los ataques críticos» puede extraerse una enseñanza más importante que de la sencilla repetición de los lugares comunes de la defensa de los

valores ilustrados. En diversos ensayos ha situado su pensamiento crítico en una enrucijada cultural, donde el ascenso del romanticismo coincide con una crítica de los postulados de la Ilustración. Durante una larga entrevista con Ramin Jahanbegloo, Berlin aseguró que ha aprendido de la visión de los enemigos de la Ilustración que ciertos conceptos de la edad de la razón, y sobre todo ciertas implicaciones políticas, son inadecuadas y a veces desastrosas, aunque aclara que no comparte ni admira sus ideas.

Se ha preocupado por retratar, en un sentido profundo, las complejas combinaciones de la historia del pensamiento. Su método integra la biografía y la historia de las ideas. Esta amalgama vislumbra una sensibilidad intelectual que atiende por una parte a los escenarios culturales que rodean y gestan nuevas concepciones, pero también rememora los comportamientos individuales, las escenas privadas que constituyen la formación de un pen-